

PROGRAMA DE BECAS

SOLICITUD DE DOSSIER

Llegar a Oporto suponía para mí un cambio de vida para el que creo que no estaba preparado en Febrero de 2014. A falta del proyecto final en la escuela, volvía a dejar Madrid con sus correspondientes protagonistas y me iba unos meses a trabajar. Uno imagina, con el fin de suavizar la nostalgia, que el tiempo se detiene en la ciudad que se deja. Y la idea aguanta más o menos seis meses, así que no es mal remedio; aunque falso.

Entonces llegué. En coche esas cinco horas siempre pasan a trompicones, a veces muy rápido pensando lo que te espera y otras muy lento sin quitarte de la cabeza lo que dejas. Pronto descubriría que hay aviones muy baratos volando constantemente entre mis dos ciudades y aceptaría perder gran parte del romanticismo para ganar comodidad.

Mi casa era una maravilla, mucho más maravilla de lo que decía el ordenador. Los primeros días casi lo entiendes como un juguete y pasas horas cuidando que todo esté en su sitio, descubriendo rincones, ensayando cómo sería vivir allí. Y, de pronto, fue mi hogar. Creo que ocurrió la primera vez que encendí la chimenea, al poco de darme cuenta que el invierno en Oporto es de los más crudos que he conocido. Tuve muchos problemas porque la madera no prende fácilmente con la humedad de allí y hay que idear unos métodos complicados para conseguirlo pero, al sentarme en el sofá con las manos negras y sudando, todo había pasado a ser mío, mío desde que empezó a vivirse allí en los años cincuenta, mío desde siempre. No sé si volveré a pisar esa casa, aunque sea como un vándalo, pero va a ser siempre el albergue de muchos de los recuerdos más apacibles que tengo.

En esos días lo que me mantenía en estado de nervios constante era el primer día de trabajo. Cuando llegó, me levanté mucho antes de lo necesario, tanto que el despertador sonaba mientras salía por la puerta. El nerviosismo es una locura transitoria, un tiempo en el cual te obsesionas con gestos, palabras y una serie de cosas irrelevantes que, cuando se te pasa, recuperan su lugar entre lo banal. El caso es que no podía llamar al telefonillo, era para otro tipo de gente pasar por encima de Souto de Moura y pulsar el botón de Álvaro Siza. "No pasa nada- pensé lleno de tics- tengo tres cuartos de hora hasta las nueve y media." Bajé al río en un salto y me forcé a disfrutar del paisaje. Durante los próximos seis meses bajaría hasta el río todos los días y avanzaría hasta la primera curva, señalada por una camelia rosa y un caserón descolorido. Ese punto, desde donde se llegan a ver las olas del mar como hilos blancos, es Oporto.

Aunque estuve tentado, era demasiado sobreactuado deleitarme con la arquitectura del estudio cuando lo único que me preocupaba entonces era salvar el día en el trabajo. Así que me recibe la persona más dulce y amable, una variable que ni había contemplado. Me presentó a

algunos madrugadores que habían llegado antes de tiempo en perfecto portugués y me dio unos libros sobre Siza para que me entretuviera mientras esperaba al maestro.

Aparece por la puerta el hombre de las tres portadas que tengo en la mesa. Le conozco desde la infancia cuando mi padre me hablaba de él, lo que no evita que suspire de un modo tan exagerado que otra de las mejores compañeras del estudio me lo recordó hasta el día que me despedí.

Hay gente que pesa como se dice de los buenos edificios cuando son potentes y matéricos, como el monasterio de El Escorial. En las personas es dignidad, elegancia, decisión y comodidad. Cuando se reunía con importantes políticos y demás rapaces que venían a por su titular era cuando más se notaba. Apenas apoyaban los pies en el suelo y sus voces sólo aparentaban no temblar; “o arquiteto” resolvía los combates en los veinte primeros segundos. Con un gesto muy natural me invitó a pasar a su despacho y sentarme y no comenzó a hablar hasta que no encendió otro cigarrillo. Habla todos los idiomas en portugués. Nos presentamos y sin más dilación me mandó comenzar a trabajar bajo la supervisión del que recordaré como mi primer jefe, un cachondo mental al que le encanta el heavy metal y al que seis meses después pude llamar amigo.

Pasó. Recuerdo muy bien que llegué a casa y quería decir que estaba contentísimo, pero no era verdad. Otra vez es forzar demasiado. Estás aliviado, pero ya has asimilado la felicidad instantánea. No tiene nada de malo, ya podía vivir tranquilo sin grandes altibajos y disfrutar del bienestar, que es mucho más estable que la felicidad.

Los próximos meses en el estudio fueron estupendos. Trabajé mucho pero sin estrés, fui entendiendo y hablando el portugués y conociendo a la gente. Nunca me ha gustado ir a un sitio con la intención de entablar conversación con desconocidos ni hacer amigos porque sí. Pero fue todo muy natural y rápidamente se formaron nexos que me hicieron estar en ese estudio muy cómodo. Con mayor o menor confianza, puedo decir que la gente de ese despacho es excelente y amable sin límite.

A Siza le fui viendo cada vez más de cerca hasta que un día vino a mi mesa y me dijo:

“¿Trabajas en escultura?”. Vi muy claro que tenía que mentir. Dije que sí tan convencido que no computó como mentira. Hice dos esculturas con él y fue claramente un punto de inflexión. A partir de ahí, hablamos mucho más; siempre del trabajo que yo hacía, nunca tuve otra relación con “o arquiteto”. Y es que en Portugal, en el trato profesional, siempre se llama a la gente por su oficio- Es una formalidad que me pareció preciosa desde el primer día. Pero es que la educación es un rasgo inherente al portugués, que dice “com licença” antes de colgar el teléfono. Daba mucha vergüenza cuando arquitectos españoles, con sus egos dando en todos los dinteles de las puertas, llegaban al estudio y espetaban: “Álvaro, ¿Cómo estás?” Ni ellos mismos queriendo salirse de los protocolos para dar un toque de anhelado compañerismo se

podían imaginar cuán fuera de lugar estaban. A Siza Vieira no le tutea ni siquiera su hijo, que aparece asiduamente de manera estelar por el estudio.

Y así pasó el invierno y avanzó la primavera. Otra vez cambió todo. Salir del estudio de día te dejaba tiempo para ir al mar. Como en todas partes uno encuentra sus sitios y yo dejé muchos rincones sin explorar porque me quedé prendado de tres o cuatro lugares y volvía cada vez que tenía un rato. Entre ellos estaba el rompeolas, una cafetería sobre la playa y, sin duda alguna, la terraza de mi casa, volcada sobre esos jardines interiores de Oporto que parecen del otro lado del océano. Podía pasar horas allí, había mil cosas que mirar. En seguida me compré unos prismáticos de segunda mano que me convirtieron en espía de una enorme familia de gatos, de un vecino al que le enloquecían las gaviotas... Oporto, ciudad de río y de océano, es traslúcida, no transparente. Siempre hay una bruma que te hace imposible ser un hombre de tu tiempo, un hombre moderno. La gente allí pasa la vida en los balcones, en los bancos, dentro de los coches aparcados en batería en el paseo marítimo y en los miradores. Y es que la contemplación en Oporto es activa, es un túnel a historias de tiempos pasados; y desaparece la bruma y el musgo de los tejados y se llena de barcos de madera el río.

Volví con mi coche lleno de trastos y recuerdos. Al final, se tarda casi un siglo en volver, aunque no fue tan cara la gasolina.

Definitivamente:

Partir, c'est mourir un peu,
C'est mourir à ce qu'on aime:
On laisse un peu de soi-même
En toute heure et dans tout lieu.

C'est toujours le deuil d'un vœu,
Le dernier vers d'un poème;
Partir, c'est mourir un peu,
C'est mourir à ce qu'on aime.

Et l'on part, et c'est un jeu,
Et jusqu'à l'adieu suprême
C'est son âme que l'on sème,
Que l'on sème en chaque adieu:
Partir, c'est mourir un peu.

Juan Medina Revilla